



Soberanía educativa

La Calera: una experiencia de escuela agroecológica

Limber Santos | Maestro Rural. Director del Departamento de Educación para el Medio Rural, Consejo de Educación Inicial y Primaria. Docente e Investigador en el Instituto de Educación, Universidad de la República.

A pocos kilómetros de la ciudad de Treinta y Tres, y sobre las costas del Yerbal, encontramos en La Calera una escuela rural muy particular. Una escuela que nos recuerda su propia historia y la de muchas en todo el país; la historia de las Escuelas Granja, creadas por Agustín Ferreiro en la década del 40. Aquella institucionalidad, generada a partir de la discusión fermental que se venía dando entre los maestros rurales sobre el papel que debía jugar la escuela ubicada en un medio tan particular, tuvo en el Reglamento de Escuelas Granja de 1944 el primer gran paso hacia las acciones concretas. El proyecto se basaba en la convicción acerca del lugar que debía ocupar la escuela rural en relación a las familias de sus alumnos, los vecinos y los ex alumnos -todos ellos considerados parte de la escuela- en la concepción de pedagogía rural que se estaba construyendo. Luego, las Escuelas Granja se consolidarían a la luz del concepto de escuela productiva, plasmado en el Programa de 1949, con aquella potente idea de que la escuela debía producir bienes “educativa y socialmente útiles”. Ambos requisitos -el educativo y el social- de lo que la escuela produce son los que le dan sentido a su trabajo e implican no solo mirar a la interna de sus aulas, sino también proyectarse hacia el medio y sus instituciones.

Los productos materiales e inmateriales, generados en la Escuela Rural N° 39 de La Calera, se proyectan hacia un medio muy diferente

al que existía cuando la pedagogía rural de Agustín Ferreiro, Julio Castro y tantos otros se estaba construyendo. En este medio actual, lo rural se confunde con lo urbano, sin que puedan establecerse claramente los límites; el flujo de personas, mercaderías e información desdibuja las identidades culturales, creando nuevos escenarios y formas de vida; hay una interinstitucionalidad que confluye en la escuela. En La Calera, lo hacen la ANEP a través del Consejo de Educación Inicial y Primaria, la Universidad de la República a través del Servicio Central de Extensión y Actividades en el Medio (SCEAM) y el Centro Universitario de la Región Este (CURE), la Intendencia Departamental de Treinta y Tres, Dirección de Formación y Perfeccionamiento Docente, INIA y organizaciones civiles; por citar solo algunas. Pero aquel papel de la escuela rural se mantiene intacto, doblemente desafiante, siempre presente en relación a su constitución como referente ineludible para la comunidad, una comunidad que hoy va mucho más allá del vecindario.

Llegar a La Calera es dejarse impregnar por el ambiente de escuela, con sus niños y maestras; es dejarse envolver por los colores y aromas del campo; es dejarse llevar por el movimiento incesante de jóvenes que van y vienen con sus herramientas... Un medio enseñante que se ha metido en la escuela y una escuela



que devuelve al medio los productos del “humilde campo de experimentación”, en términos de Ferreiro, allí constituido. Para la Psic. Sandra Carro, coordinadora de la sede Treinta y Tres del CURE, La Calera es una experiencia de “articulación entre instituciones”, también definida como un “lugar de encuentro”, una “comunidad de aprendizaje”.

El sueño

El proyecto tiene sus antecedentes en el año 2001, cuando surge la necesidad de crear un centro de referencia para la formación de los maestros rurales del departamento de Treinta y Tres. En 2004 aparece la idea de creación de los bancos de semillas criollas, de la mano del actual Director del Departamento de Agroecología y Soberanía Alimentaria de la Intendencia Departamental de Treinta y Tres, José Puigdevall, que daría lugar a un centro de intercambio de semillas. Según relata el Coordinador del Centro de Apoyo Pedagógico Didáctico para Escuelas Rurales (CAPDER), Mtro. Alberto Fernández, lo que motivó el empuje inicial fue pensar en un centro de actualización para maestros rurales, con una infraestructura productiva en funcionamiento al estilo del viejo Instituto Normal Rural, CENACMAR, y actual Centro “Agustín Ferreiro” de Cruz de los Caminos. Esto venía a responder las demandas de los propios maestros rurales y se planteaba

como un proyecto viable en función de las redes que ya estaban tendidas en el departamento. Al vínculo entre Primaria y la Intendencia, rápidamente se incorporó la Universidad de la República a través del proyecto de extensión “Educación sustentable”, coordinado por la Psic. Sandra Carro, e incorporando más adelante a estudiantes del Instituto de Formación Docente.

Una cuestión de soberanía

El proyecto de Escuela de Agroecología de La Calera se enmarca, además, en un conjunto de 26 proyectos que se desarrollan en el territorio de Treinta y Tres, y que conforman el Plan de Soberanía Alimentaria Territorial (SAT), abarcando las áreas de educación, producción agrícola, pesca artesanal, apicultura y procesamiento de alimentos, con la intervención de 20 instituciones públicas y privadas. Según Puigdevall, el Plan supone plantear una concepción en relación a la soberanía alimentaria y a los recursos naturales del territorio por medio de la herramienta de la agroecología. Eso significa romper con las lógicas del mercado en el interior del país, donde el abastecimiento de alimentos se da desde Montevideo. “La visión era convertir a Treinta y Tres en un centro de referencia del Uruguay natural (...) generándose un polo de desarrollo agroecológico”, comenta Puigdevall.

Según la definición que maneja el Plan SAT, la soberanía alimentaria territorial es *«el derecho que tiene la población de un territorio de definir por sí misma, de forma colectiva y participativa, el uso de sus recursos, las formas de producir y los valores culturales a consolidar. El objetivo es fortalecer la capacidad de cada población de autoabastecerse de alimentos de calidad, sanos, nutritivos y suficientes para todos»* (IDTT-CEIP, 2009:1). En esto importa el origen de los alimentos, el modo de producción así como la forma de consumirlos. Esto supone producir alimentos ecológicos para ya no depender de los alimentos producidos fuera del territorio; que los alimentos sean producidos en dinámicas de producción familiar basadas en la agroecología; que esa producción sea autogestionada y contribuya al desarrollo local, con un trabajo participativo, horizontal y diverso. Se apunta, además, al intercambio, al enriquecimiento cultural y al fortalecimiento de la autoestima por parte de los productores, técnicos, docentes, jóvenes y niños. Se entiende que *«hay formas de luchar contra el desgaste cultural, genético y medioambiental de los recursos materiales y humanos»; «que hay formas de contrarrestar la especulación económica del alimento como mercancía, que encarece los precios y vuelve inaccesibles los mejores alimentos para la mayoría de la población»; «que hay que desarrollar y difundir tecnologías apropiadas a escala humana, que sean sustentables desde lo ambiental, social y económico»* y, como corolario, *«consumir lo que se produce y producir lo que se consume»* (IDTT-CEIP, 2009:1).

Jóvenes en la escuela

Carmen Ipuche es integrante del Grupo Tekó Porá¹, que desde hace tres años trabaja en la experiencia con un conjunto de jóvenes, a instancias de una propuesta de la Intendencia. “La visión que nosotros tenemos de la agroecología no es solamente cuidar la tierra, el medio ambiente y la semilla, sino cuidar la semilla de nosotros mismos que se está degradando cada vez más”, cuenta Carmen, en referencia a la inclusión de los jóvenes en el trabajo de La Calera a través de la conformación del grupo CAPIN. Hoy participan 30 jóvenes en el grupo,

que buscan un camino de emancipación a través del trabajo en la tierra. La solidaridad, la participación, el respeto, la equidad y la soberanía definen, en palabras de Carmen Ipuche, el trabajo de ese grupo de jóvenes en torno a la experiencia.

Ella la define como un campo de investigación, en función del cambio climático y las nuevas maneras de producir que ello implica. Hoy, el banco de semillas está conformado por semillas que han sido producidas en el propio predio, rescatando las variedades criollas que se estaban perdiendo, y poniéndolas al servicio de los pequeños y medianos productores de la región. Las semillas muchas veces son aportadas por los propios productores que, siendo conscientes de su valor, no las han dejado perder y ven en la experiencia una forma de intercambio con otros. Muchos son los productores que se benefician con el intercambio de semillas y muchos también confluyen en La Calera a través de los planes de producción. En el marco del “Plan Tomate”, por ejemplo, la Intendencia compró la mayor parte de su producción a los productores para que, en forma de salsa o dulce, le fuera entregada a los comedores escolares, en promoción del trabajo realizado. Había un técnico contratado especialmente para el Plan, los productores levantaban los plantines en La Calera y luego la producción era entregada a las mujeres rurales para su procesamiento. “Ganábamos todos. Ganaban los productores, las mujeres rurales y las escuelas rurales”, resalta el Mtro. Fernández. El signo de La Calera es la construcción participativa. De este modo se cerró todo el ciclo desde la semilla hasta la comercialización del producto, beneficiándose además los jóvenes del CAPIN con su trabajo de producción de plantines.

Una bioconstrucción realizada en barro es el lugar físico del banco de semillas, manteniendo en su interior las condiciones ideales de oscuridad y temperatura; los deshidratadores solares para preparar las semillas para guardar; el vivero para la reproducción de plantas nativas y medicinales; macrotúneles; lombricultivo; árboles frutales y huerta a campo abierto, son algunos de los componentes de la propuesta productiva.

¹ Voz guaraní: naturaleza sagrada.



Además del centro de intercambio de semillas criollas, en La Calera también funciona un centro de reproducción de plantas nativas. Guayabo, arazá, pitanga, congorosa, coronilla, mataojo, yerba mate, quebracho, aruera, pindó, anacahuíta, caroba, son algunas de las variedades allí presentes. Tanto las semillas como las plantas nativas se distribuyen entre las escuelas rurales que lo solicitan. Según el Mtro. Alberto Fernández, “los maestros vienen y ven qué ambientes productivos pueden desarrollar en sus escuelas; a veces simplemente el lombricultivo, a veces simplemente dos o tres canteros con cama alta...” Acontecimientos como la “Fiesta de la Semilla Criolla” o la “Semana de la Ciencia y la Tecnología” -en los cuales participa gran parte de las escuelas rurales del departamento- se han constituido en instancias de intercambio de saberes y experiencias, a partir de las cuales queda, de forma permanente, un vínculo con la escuela de La Calera. Es la referencia de la zona.

Las tres tortugas...

El libro *Las tres tortugas de Treinta y Tres* está inspirado en la experiencia de La Calera. Escrito por María Isabel Cárcamo e ilustrado por Alejandro Figueroa, fue editado en marzo de este año por la Red de Acción en Plaguicidas

y sus Alternativas para América Latina (RAP-AL Uruguay), una organización que promueve la agricultura agroecológica. En la presentación de la historia puede leerse: «*La escuela La Calera del departamento de Treinta y Tres es como muchas de las antiguas escuelas rurales de nuestro país, con un terreno muy grande donde se acostumbraba tener una huerta y animales de granja. En La Calera, aún se pueden observar algunos vestigios de la antigua construcción, en la que alguna vez vivió la maestra directora con su familia, así como parte de un carro que era utilizado como medio de transporte*». Se dice que la historia está inspirada en los niños, niñas, técnicos y trabajadores que asisten a la escuela y está protagonizada por una niña y tres tortugas rescatadas por un grupo de niños de manos de unos cazadores que las querían vender en una feria. Sobre la base del libro y la historia que allí se cuenta, en el mes de junio, los niños de la escuela pintaron un muro bajo las consignas “Pintemos entre todos un mundo sin contaminación” y “Educar para crecer en un ambiente sano”.

Soberanos y solidarios

El camino que lleva a constituir a La Calera en un centro de referencia para la formación permanente de maestros rurales, tuvo en el mes de setiembre un significativo acontecimiento. La



Calera con su escuela y su Centro de Barrio fue sede del 3er Encuentro Nacional del Departamento de Educación para el Medio Rural, con la participación de todos los Maestros Coordinadores de los CAPDER, Maestros de los Centros de Pasantía y del Centro “Agustín Ferreiro”. Se trató de la primera instancia de esta naturaleza, que este año se hizo fuera de Cruz de los Caminos y supuso un gran esfuerzo de todos los involucrados con La Calera. Con el apoyo del Consejo de Educación Inicial y Primaria, la Inspección Departamental de Treinta y Tres, el Centro Universitario de la Región Este de la Universidad de la República, la Intendencia Departamental de Treinta y Tres, y la Comisión Fomento de la propia escuela, fue posible trabajar durante tres jornadas en una propuesta de formación del equipo del DER sobre temáticas referidas a la soberanía alimentaria y la agroecología. De este modo, la experiencia de La Calera tuvo la oportunidad de ser compartida con representantes del magisterio rural de todo el país, con la posibilidad de ser difundida en cada uno de los departamentos. Durante las jornadas, todos los integrantes del proyecto se abrieron al intercambio, poniendo toda la experiencia y sus conocimientos a disposición, demostrando la solidaridad que caracteriza al propio proyecto.

Nuevos rumbos

El proyecto de escuela de agroecología de La Calera representa la manifestación actual del viejo concepto de escuela productiva, y de los fines sociales y educativos de la escuela rural, contruidos hace más de medio siglo. Representa la reivindicación de los más significativos exponentes conceptuales de la pedagogía rural uruguaya, operando en la ruralidad actual y sus problemáticas particulares. Refleja la vieja idea de los maestros rurales que, desde 1933, concibieron la escuela rural trabajando en relación al medio, en conjunto con aquellas instituciones que, desde lo productivo, lo sanitario y lo cultural, vinieran a complementar su labor educativa. Un esfuerzo interinstitucional que va en camino de constituirse en el sueño que un día fue el motivo que desencadenó todo el movimiento: el de ser una referencia para la formación permanente de estudiantes y maestros rurales; un manantial de prácticas “educativa y socialmente útiles”, bajo un compromiso simultáneo con los niños y las familias rurales.

La senda está trazada... 

Bibliografía consultada

- CÁRCAMO, María Isabel (2009): *Las tres tortugas de Treinta y Tres*. Montevideo: RAP-AL Uruguay.
- DIRECCIÓN DE ENSEÑANZA PRIMARIA Y NORMAL. República Oriental del Uruguay (1949): “Congreso de Maestros Rurales Piriápolis 1949”. *Anales de Instrucción Primaria*. Montevideo.
- FERREIRO, Agustín (1946): *La Enseñanza Primaria en el medio rural*. Uruguay: C.N.E.P. y N.
- INTENDENCIA DEPARTAMENTAL DE TREINTA Y TRES-CEIP (2009): Plan SAT - Soberanía Alimentaria Territorial. Treinta y Tres.